

Antonio Hernández-Sonseca

La mirada del Greco



LETRAS DE AUTOR

© Antonio Hernández-Sonseca
© Letras de Autor
Teléfono: 91 151 16 14
info@letrasdeautor.com
Maquetación editorial: Georgia Delena
Diseño de cubierta: Sara García

Primera edición: Diciembre 2015

ISBN: 978-84-16538-61-4
Depósito Legal: M-38471-2015
P.V.P.: 18 €

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados.
Cualquier utilización debe ser previamente concertada.

Impreso en España - UNIÓN EUROPEA

*En homenaje a Yepes, mi querido pueblo.
Allí mis padres, Dámaso y Tomasa,
me engendraron a la vida.*



PRESENTACIÓN

Leer desde dentro y desde dentro ver

No quisiera que este prólogo ahuyentara al lector. No es la función, que nace de la visión, de un prologuista dejar mal sabor de boca al inicio de una propuesta sorprendente, de una aventura inimaginable, de una fiesta, de un banquete. Lo importante está detrás porque ya ha estado antes. Quien escribe un prólogo juega con la ventaja de haber visto antes. Solo eso. Por esta razón, y no por otras muchas, quisiera que este pórtico cumpla el deseo de mi admirado León Felipe: “No quiero el verbo raro/ Ni la palabra extraña;/quiero que todas, todas mis palabras/ -fáciles siempre/a los que aman-,/vayan ungidas con mi alma”.

Las palabras, dijo un clásico, a las gestas sobreviven. Las pinturas a las palabras sobreviven. Palabra y pintura; palabra e imagen. Las palabras sobrevolarán las experiencias plácidas.

Aristóteles, al principio de sus lecciones sobre los estadios preliminares de la vida política, escribió que “ni aquí, ni en parte alguna llegaremos a ver bien en el interior de las cosas, a menos que las veamos realmente desde sus comienzos”. Y Baltasar Gracián, en su “Oráculo manual y arte de la prudencia”, nos invitaría a querer cuando se puede, “que la sazón y el tiempo a nadie aguardan. El sabio sabe que el norte de la prudencia consiste en portarse a la ocasión”. Prudencia, por tanto, para la palabra del introductor de embajadores.

Hablemos pues, con palabras de humildad, que tienen la pretensión de verdad según la razón teresiana, que no cartesiana. Palabras que están destinadas a una geografía que, quien esto escribe, explora con temor y temblor. Aún no acierto a imaginar la razón por la que don Antonio Hernández-Sonseca ha querido que este texto irrumpa en estas algo más que reflexiones, meditaciones diría yo, sobre un cuadro, “El Expolio” de El Greco de Toledo, mucho más que un cuadro.

Ocurre como en el libro de don Antonio, como así le llamamos algunos. He aquí un ensayo de historia, de pensamiento, de arte, de literatura, de espiritualidad. Testimonio y testamento de una vida, una invitación, entiendo, a compartir la existencia en torno a uno de los más básicos y elementales ejercicios de lo humano: el mirar que es algo más que el ver.

Don Antonio ya viene de vuelta. Y lo digo para que los lectores sepan -si es que no lo saben ya- que antes, nuestro autor, escribió “El Griego de Toledo” y “El año de El Greco, día a día”. Ahora da un paso más. Un paso de gigante con esta mirada que, perdóneme don Antonio, no es sólo la mirada de El Greco, son muchas miradas que se resumen en una: la pedagogía de la mirada humanista y cristiana.

Porque este es un libro de pedagogía con el que el autor nos enseña a mirar la realidad, la vida, la carne y el espíritu. Quizá por eso que escribiera Romano Guardini: “La historia y el destino se cumplen en el cuerpo y no en el mero espíritu... Dios ha venido en la persona del Salvador para tener historia y destino. Ha venido a nosotros por la encarnación y ha dado comienzo a una nueva historia”.

Decía Tertuliano que la fe cristiana no está desnuda. Tiene su ropaje, los sacramentos, que son signos sensibles que se ven. Sacramentos de la naturaleza y sacramentos de la gracia. La pintura es sacramento de una naturaleza que no se corrompe. No debemos olvidar que Chesterton afirmó que el místico cristiano tiene siempre los ojos abiertos de par en par. No seré yo, después de leer estas páginas, el que afirme que el Griego de Toledo no fuera un místico que obligaba, con su trascen-

dencia, a una respuesta a su pintura, el ejercicio del ver como afirmación, no como negación, porque la inteligencia y la fe tienen ojos. Es lo que les une. Decía Cezane que Monet era “solo un ojo, pero, ¡Díos mío, qué ojo!”. Nuestro problema en el mundo digital, en el actual diálogo entre fe y cultura, no es que cada vez pensemos menos, sino que cada vez veamos menos. Pues la vista es el origen de todo conocimiento sano. Y el hombre contemporáneo la ha reducido, la ha limitado. Pensemos que Romano Guardini escribió que si los ojos captan primero el alma, solo después ven también el cuerpo.

Gómez de la Serna nos recordó que en Toledo está la luz más clara: la luz de la historia, la luz de la teología, la luz de la poesía, la luz de la pintura, la luz de El Greco. Aparente oscuridad nos trae nuestro tiempo. Nosotros somos nuestro tiempo, que nos diría san Agustín. Todo tiempo, todo momento de la historia, o es un círculo vicioso de autorreferencia o es posibilidad de horizonte. La clave está en la mirada, en el ejercicio del ver, como diría Roland Barthes. La mirada nos permite descubrir lo que remite a otra realidad más grande que nosotros mismos. La luz de Toledo no es artificial, es tan natural como la vida misma. Y esa es la lucha permanente de lo humano, entre lo natural y lo artificial, entre la luz sucedánea o la luz originaria. La luz de Toledo es anticipo de una luz que permite conocer el camino y sentirse acompañado en la peregrinación de la existencia. Existir es provenir no de un silencio y tinieblas primordiales, sino de una luz y de una palabra (Jn 1, 1-4) amorosas en libertad creadora.

La luz de Toledo nos permite, con más nitidez, que cuando miramos un rostro no veamos un par de ojos, sino que contemplamos una mirada. Dejarse mirar es señal de confianza para saber mirar. Antes de hablar hay que dejarse mirar. Decía Antonio Machado que “el ojo que ve no es/ojo que tú lo veas./ es ojo porque te ve”. Si quieres, como apuntaba Max Scheler, glosando al poeta Schiller, conocerte a ti mismo, mira cómo se comportan los otros; si quieres conocer a los otros, mira dentro de tu propio corazón.

George Steiner, que vive de la nostalgia del absoluto, ha escrito que “la verdad, creo, tiene futuro; que lo tenga también el hombre está mucho menos claro. Pero no pudo evitar un presentimiento en cuanto a cuál de los dos es más importante”. La clave del hombre no está en su conocimiento. No nos equivoquemos. La clave está en su ver, en su visión, que es semilla de conocimiento, de sabiduría. Todo amor es cuestión de verdad, porque el amor, y la verdad, introducen la lógica nueva de la visión común.

Don Antonio es un discípulo aventajado de san Juan de la Cruz. Y eso se nota. Por eso nos invita, hablando de los ojos, a tocar “El Expolio” de El Greco de Toledo. Quizá porque, como afirma san Juan de la Cruz, “cuando tu me mirabas, tu gracia en mi tus ojos imprimían”. Escuchar con los ojos pertenece a la fina sabiduría del amor.

Concluyo este apresurado prólogo, de urgencia, con una glosa de la reflexión sobre “El Expolio” de mi querido maestro salmantino y salmanticense, don Olegario González de Cardedal. Recuerda don Olegario, en su libro “El rostro de Cristo”, que el 2 de junio de 1577, fiesta de la Santísima Trinidad, tienen lugar en Toledo dos acontecimientos decisivos en la historia cultural y espiritual de España. En el Monasterio de San José del Carmen, Teresa de Jesús comienza su Castillo Interior. En otro lugar, no muy lejano, El Greco firma un documento que le compromete a pintar un cuadro para la sacristía de la Catedral, que tiene como motivo el despojo y reparto de las vestiduras de Cristo, llamada Expolio. Doménicos Theotokópulos, pese a ser extranjero, con “El Expolio”, deja de serlo.

Discusiones de escuela aparte, lo que afirma don Olegario es verdad: “Es muy difícil sospechar qué experiencia personal del Dios viviente, traspasando el orden de la noticia histórica y del saber conceptual pasando al orden de la percepción inmediata de Cristo, llegó a el Greco. La inmersión en la luz y el color interiores de las realidades sagradas, desde las que nacen muchos de sus cuadros, nos revelan en cualquier caso un hombre que ve desde dentro y desde dentro

lee”. Pues eso. Don Antonio, discípulo de la escuela espiritual de El Greco de Toledo, ha visto desde dentro y desde dentro lee. Y desde allí nos hace a nosotros, lectores, leer desde dentro y desde dentro ver. Que no es poco.

José Francisco Serrano Oceja
Doctor CC. de la Información y
profesor en la Universidad CEU de San Pablo

A MODO DE INTRODUCCIÓN

La Belleza salvará al mundo.
.- Dostoievski en “El idiota”

*La Belleza entraña un íntimo
sentido espiritual: refleja a lo sagrado.*
- Laszló Krasznahorka

*La Belleza nos enriquece
e invita al silencio reflexivo.*
- Jaume Cabré

En “El estupor y la maravilla”, novela de Pablo Dors, consultor del Pontificio Consejo de Cultura, el celador de un museo descubre desconcertado que los retratos de Kokoschka acaban confundiéndose con los visitantes que han estado contemplándoles; al concluir la jornada laboral, cuando regresa a su hogar, al mirarse en el espejo, advierte con estupor que los retratos de este pintor son su cumplido y más exacto autorretrato. Tan milagroso poder asiste a la pintura. Al día siguiente su sobresalto crece aún más comprobando que todos los retratos del museo le están representando a él mismo, arrojando sus rasgos personales como si fueran espejos. Y declara el celador: “Una vida entera necesité para descubrir que todo es un espejo; que

todo soy yo mismo, como todo es el otro, como todo es Dios. Soy yo quien está dando su significado a cuanto estoy contemplando. Todo es cristal de mi yo, con materia y forma. Sólo yo llenaré enteramente al mundo. Yo soy el gran misterio que me envuelve por todas partes”.

Un grandioso Museo se erige en escuela de vida interior; facilita la comprensión de lo sobrenatural; nos vincula con otras dimensiones de la realidad; nos permite acceder al otro lado de la vida, como aquellas remotas “explosiones creativas” del arte parietal.

¿ Será éste el secreto último de la pintura universal? Ningún cuadro es mudo ni cristal empañado; los museos adivinan tu nombre y se adueñan de ti con sus llamadas; cuanto se encierra en ellos, te alivia y te protege, como una amistad cultivada de por vida; y silenciosamente en nuestro interior queda registrado el toque milagroso de una satisfacción íntima. Pero será preciso abrir la última puerta del castillo, aunque ésta nos haga encontrarnos con muchas realidades que por su lucidez caen más allá del entendimiento y del control humano. Esa Lucidez Tenebrosa que experimentaban los místicos.

El genio de Dalí llegó a calificar a las obras de arte como “expresiones de una paranoia sagrada” y en ellas se extasiaba su mirada aunque su mensaje estuviera humildemente concentrada en una frágil taza de café; y declaró estar convencido de que al contemplar las obras inmortales del arte, descubría las figuras y el espíritu de “El ángelus” de Millet.

Esta clave pedagógica deber guiarnos al ser espectadores de la mirada del Greco; Aristóteles en una sabia sentencia señaló que lo más arduo de ver es cuanto cae ante nuestra vista; los mensajes de la mirada del Greco nos calan, si lo merecemos, desde una situación de complicidad, y con el despliegue de nuestra mirada interior, que es la mejor luz para descubrir en la belleza del arte incluso a Quien es la Luz con mayúsculas.

Tras el 2014 sigue la Vida de este tesoro cultural tan personal y con el toque de la genialidad; su melodía no ha enmudecido ni se ha agotado;

sigue manando inagotable este hontanar de reflexión, nuevas sorpresas y desafíos; nuestras visiones se interrumpen y quedan a la espera; en nada se empaña la eminencia de esta joya. Ve el que ha visto, como el pintor pinta lo que ya vió. Y como nadie es dueño de un conocimiento que sea definitivo, porque sería darle la muerte al Arte Grande, debemos seguir recuperando mucho más de su autenticidad y de tantas facetas que en nada son meras proyecciones de nuestros programas.

La forma nueva de narrar del Greco sigue despertando emociones estéticas que no viven de renta, como actos reflejos, y abriendo nuevos descubrimientos. Cuando le (ad)miramos nos parece asistir a una sesión de hipnosis. La repetición no llega a abaratar la grandeza de esta figura descomunal. Necesitamos nuevas revisiones y nuevos testimonios confesionales que nos ayuden a descubrir sensaciones y secretos no aclarados con anterioridad. Un arte que debemos contemplar con esa fecunda serenidad de la lluvia en primavera y con el frenesí de aquellos vendavales celestes que arrastraban a los profetas. Su visión se sigue saboreando como agua fresca en tarde verano.

“Si quieres leer bien, debes convertirte en la escritura y en la esencia del libro” formulaba el místico Silesius.. Si ves el cero, nada ves; si traspasas el cero, rozas al infinito. Tan inmenso es el valor de las Grandes Obras y no menor nuestra experiencia de ellas

Con un giro de 180° modificó la caligrafía de la pintura y demanda un acatamiento devoto y solidario entre su visión bizantina y la mirada reverencial de sus observadores; su arte se observa sin prisas, se siente desde esa forma de sabiduría que es la intuición, y se cree porque el más modesto de sus detalles se transforma en huella misteriosa. Su descomunal juventud de 400 años no muere; su verdad soterrada y desvelada está bien asentada, nos sigue instalando en el extrañamiento, en el asombro, en la devoción. Todo un festín para la mirada y para el espíritu.

Evitemos actualizar la leyenda medieval sobre de San Alejo: este personaje tras haber peregrinado a Tierra Santa, retornaba

a su hogar y vivió a la sombra debajo de la escalera por donde subían y bajaban los familiares; éstos le recordaban como a un desaparecido; estaba vivo en su casa, pero de tanto conocerle, ya no le reconocían.

No hace muchos años Don Julián Marías manifestaba esta lamentación: "Una honda preocupación me asalta; pienso si no estaremos en peligro de la extinción en el hombre actual, de la capacidad de estremecimiento; de casi todo se está produciendo una trivialización y una ruptura con aquellas realidades que nos ligan con el fondo de la realidad misma".

¿TIENE SENTIDO ESCRIBIR SOBRE
EL GRECO DESPUÉS DEL 2014?



*“Cerré mis ojos.
velé dormido y la Luz se hizo”.*
.- Vicente Alexandre

“Una obra de arte no puede explicarse describiendo objetivamente sus datos y prescindiendo de la sensibilidad y fantasía individual; en toda obra de arte lograda late un elemento último esquivo al análisis racional, que nuestra época ha enturbiado y se empeña en no reconocer; ese elemento inasible de LAS PRESENCIAS REALES sólo pueden experimentarse personalmente”.
- George Steiner

*“El hombre tiende a ocultar la verdad,
a no desearla, y a no buscarla”.*
- Francois Revel

Revivir el mundo imaginario de la mirada del Greco, tan cargada de intención y de emociones me lo han sugerido unas observaciones valoradas como un tema de nuestro tiempo, en las que han insistido pensadores judíos de la talla de Paul Ricoeur y Emmanuel Levinas, LA NECESIDAD DEL RECONOCIMIENTO, en su sentido ético, estético y metafísico. Esta cuestión ha entrado por la puerta grande en la filosofía de Occidente. En nuestra comprensión de lo real nos hemos habituado a silenciar estratos que se ocultan bajo las sombras, y que constituyen el fondo soterrado de contenidos esenciales.

Muchas valencias se aúnan en el arte trascendente del Greco rozando un mundo misterioso y sagrado; la intensidad y densidad de su

mensaje por debajo del encadenamiento de las imágenes nos obligan a evitar las precipitaciones y la simplificación. Las lecturas acríicas, rudimentarias, convencionales, no captan las fuerzas y ondas interconectadas. El buen Arte necesita ser revisitado con una captación estética y semiótica renovadas; sus vigas maestras no quedan agotadas con el fluir del tiempo; le pertenece junto a su tradición la actualidad y un todavía, y sigue suscitando nuevas reacciones interpretativas, invenciones y reconocimiento; como “ una metáfora epistemológica” que reclama una cooperación receptiva e interpretativa en continuado estreno; la historia del arte es una batalla sin cláusula de finiquito por la captación de su mensaje y significación a través de nuestras interpretaciones. Se impone un desdoblamiento identificador que nos sirva de garantía para ajustarnos en verdad con el objeto que estamos contemplando, con nosotros mismos como espectadores y con la radical alteridad de lo otro. La intimidad de lo real, la consistencia personal ajena, con frecuencia se nos escapa de la misma forma que nos desborda nuestra propia existencia. Quedarnos embelesados en los recursos formales novedosos no es suficiente; `preferible conectar además con las experiencias que emergen de su imaginario y apropiarnos de la mirada del Greco, de sus sensaciones y reflejos originales.

El año 2014 ha ofertado un acontecimiento cultural a la atención del público culto y especialista y para cuantos amamos las expresiones del arte, conmemorando el cuarto centenario de la muerte del Greco; durante este año en el panorama cultural brilló la memoria de este arquetipo del artista moderno e inflexible creador, seducido por la auto-superación y con el aura de un talento incuestionable ; la crítica por fin se ha rendido en admiración y en devoción incondicionales hacia la autoría de este maestro patrimonio de Toledo que nos ayuda a entender visiblemente mensajes capitales del Cristianismo, como también el esplendor de nuestro Siglo de Oro, cuando lo español además de vivirse a escala universal, contribuyó al surgimiento